

cuyos frutos son un libro de aire pedagógico bien acaudalado de experiencias y conocimientos, *El peregrino en Indias*, y un poema en monótonas octavas reales, *La Colombiada*.

Con la experiencia americana —sintetizada por Caro Baroja en «vivir de cara a ti mismo, en la soledad»— como equipaje, Ciro Bayo se instala en Madrid en 1900. Por entonces —momento en que conoce a las *dramatis personae* del noventayocho— «Don Ciro es un magnífico compuesto de soldado, de viajero, de asceta, de bohemio, dando a esta palabra su sentido más noble», según Ricardo Baroja. Sus ocupaciones van desde las traducciones para la casa Bailly-Baillièrre a la concurrencia a las tertulias, pero su escasa resignación ante la vida sedentaria y su querencia viajera le llevan a emprender varios viajes por España, que se recogen en sus dos libros más apreciados, *El peregrino entretenido (viaje romancesco)* (1910) y *Lazarillo español, guía de vagos en tierras de España, por un peregrino industrial* (1911), conformando su aportación a la literatura de conocimiento de la Península que el grupo de escritores del 98 impulsó con ademán intrahistórico.

Las pintorescas andanzas de Ciro Bayo mezclan el solaz y la curiosidad. *El peregrino entretenido* narra, en doce jornadas, el viaje de nuestro escritor en compañía de Pío y Ricardo Baroja desde Madrid a Yuste. La fantasía amenizó el viaje, y del recorrido Pío Baroja volvió con los materiales escenográficos de su novela *La dama errante*, mientras Ricardo pudo componer la viñeta dedicada a Bayo en *Gente del 98*: «el altivo y romántico contorno del hombre de los caminos, del verdadero vagabundo, de ese que se ve solo, recostado en la cuneta o atravesando lentamente un descampado».

Producto de verdadero vagabundaje, de ambulador bronceado por el sol y la ventisca, en *Lazarillo español* Ciro Bayo rehace los episodios de sus andanzas por tierras de España, desde Madrid a Barcelona pasando por La Mancha, Andalucía y Levante, a pie y sin dinero. El viaje tuvo lugar en una fecha incierta entre 1907 y 1910, y dedica la parte duodécima al itinerario «De Tarraco a Barcino», con llegada a Barcelona el 24 de septiembre tras un largo peregrinar en el que la crematística había sido alimentada exclusivamente por «una exigua renta proveniente de una casuca allá en Barcelona», según confesión inicial del propio viajero.

Aunque Barcelona apenas aparece dibujada, *Lazarillo español* contiene una visión de Cataluña curiosa y pintoresca, al ser su autor un escritor que conocía relativamente el país y sus habitantes, calificados en sus primeros pasos por los campos tarraconenses de «romanos por el carácter y griegos por el temperamento». La ruta que el viajero va a seguir desde Tarragona a Barcelona es un «delicioso camino sesgado entre los pinares y la marina». No obstante, Ciro Bayo se detiene donde le cuadra y entabla

animada charla con los circunstanciales residentes de las fondas o con el antiguo conocido que casualmente reconoce. Así tras observar el mejor panorama de Tarragona «desde el extremo de la Rambla», o recordar a Prim, Mata, Fortuny y Rosita Mauri a su paso por Reus, se detiene en Constantí, donde traba conversación con el ex secretario municipal Carrillo, amenizando su *Lazarillo* con anécdotas que van desde la curiosa y no certificada etimología de la palabra fonda («nombre catalán por excelencia; pues no estará de más saber que de la primera que se estableció en España en Barcelona, como tenía honda la entrada, vinieron a llamarse así los demás establecimientos análogos»), hasta la tendenciosa fábula del *hereu* y la *pubilla* como explicación de la historia de España, según la cual tras la hegemonía castellana de finales del XV, «la *pubilla Cataluña* entendió que era pasado el tiempo de las expediciones por su cuenta a las islas de Italia y al Oriente; vió que el Mediterráneo era vencido por el Océano y se resignó a hilar la rueca, a cambiar sus castillos por fábricas y sus bajeles por naves mercantes, dejando al *hereu* Castilla las empresas militares y el aumento del patrimonio». Lo peculiar del anecdotario revela una visión estereotipada de Cataluña lamentablemente frecuente en los cenáculos y tertulias madrileños de principios de siglo.

El último tramo del viaje lo realiza Ciro Bayo en un balandro desde Sitges a Barcelona, a la que llega en medio del estruendo festivo de la artillería —como el hidalgo de la Mancha—, y «altivo, ufano, alegre y satisfecho salté en el muelle». Antes nos ha dado sus impresiones del mar de Barcelona que, al anochecer, «se salpica de puntos luminosos, como fantástica iluminación de laguna veneciana»; del macizo montañoso del Garraf, «erizado de promontorios y hendido por calas y pequeños fondaderos»; de Sitges, «residencia veraniega de muchos comerciantes americanos de la ciudad condal»; o de «las galas artísticas que encierra el *Cau Ferrat* de Santiago Rusiñol».

En su itinerario catalán, el *Lazarillo* de Ciro Bayo nos alumbra la peculiar retina de este hidalgo traducido en pícaro o de este olvidado y errante escritor, que tan sólo consigue una amena y quizás huera imagen de Cataluña, en un libro que, por lo demás, ha perdido en la urdimbre de su amañada prosa cualquier vigencia.

IV. José Enrique Rodó

Al saludar *Ariel* desde las columnas de *El Imparcial* (23-IV-1900) con un largo artículo que pasó a ser prólogo de la obra de José Enrique Rodó en su segunda edición (1900), Leopoldo Alas «Clarín» ofrecía a sus lectores

una reflexión sobre el significado de la democracia que coincidía, en lo esencial, con el ideario de Rodó. El crítico asturiano y el de Montevideo, en su afán común de combatir el «monótono imperio de las medianías iguales», sostenían que la sociedad debía ser igualitaria, pero respetando la obra de la Naturaleza que no lo es, aunque —añadía «Clarín»— «no se crea que la desigualdad que después determinan las diferencias de méritos, de energías, supone en los privilegiados por la Naturaleza el goce de ventajas egoístas, de lucro y vanidad, no: los superiores tienen cura de almas, y superioridad debe significar sacrificio». Vista en su panorámica completa, la biografía intelectual, política y literaria de José Enrique Rodó, desde su fragua en el fin de siglo hasta su muerte el primero de mayo de 1917, se ajusta a ese paradigma del sacrificio que el propio escritor uruguayo perfirió en *Ariel* como «la vida de la heroicidad y el pensamiento».

Alimentado en la lectura de Carlyle, Rodó cree que no hay incompatibilidad entre la democracia y el *heroísmo*, y con esos anhelos trabajó a lo largo de toda su vida en la rectificación del espíritu social que asegurase al hombre mayores espacios de dignidad y de justicia. Ariel frente a Calibán, el espíritu frente al materialismo, la razón contra la sinrazón, la caridad ante el egoísmo, la inteligencia contra la brutalidad, son oposiciones que encarnan el pensamiento del ensayista uruguayo, a quien Unamuno habría de calificar en 1911 (*Soliloquios y conversaciones*) como «una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispanoamericano contemporáneo».

A pesar de su querido apartamiento, la personalidad de Rodó se convirtió en un poderosísimo foco de la vida política e intelectual de Montevideo y de la Hispanoamérica de principios de siglo. Fascinante escritor, quiso alumbrar la llama de la vida y de la verdad, tal y como oblicuamente lo reconocía Rubén Darío en el espléndido poema inicial de *Cantos de vida y esperanza*. Consciente de su papel de guía espiritual del mundo hispánico (faceta en la que quiso seguir los pasos de Clarín y compartir los de Unamuno), Rodó edificó una obra crítica capaz de testificar «cuánto sé de mí» en tanto que existente histórico dotado de una facultad específica que ofreció a sus contemporáneos, definiéndola él mismo en los apuntes que dejó inéditos a su muerte, pese a llevarlos consigo cuando por fin pudo acercarse a Europa, a España, a la tierra de sus antepasados, a Barcelona, en el verano de 1916. Esa facultad no es otra que la sensibilidad y la inteligencia del contemplador o lo que él llama, con ademán krausista, «la superioridad de ver».

Este Proteo, crítico amplio y sensible, dotado de una excepcional capacidad tolerante de ver y sentir, viajó a Europa en 1916 como terapéutica de la tensión y el desasosiego que la máscara alta, desgarrada y rígida de

su cuerpo no podía soportar más. Tratando de regresar a la fragua original, Rodó conforma un sueño largamente acariciado, que ya en 1905 —según reza el borrador de su correspondencia con Juan Francisco Piquet— tenía un itinerario definido: «Iré, primero, por pocos días a Madrid —a fin de ver terminada la impresión de la obra (se refiere a su *Proteo*)—, de allí pasaré a Salamanca, a ver a Unamuno, a Oviedo, a ver a Altamira y Posada; a Sevilla, a ver a Rueda; a Valencia, a ver a Blasco Ibáñez: todo de paso. Terminaré mi gira por Barcelona, sólo a fin de conocer la tierra de mis abuelos; y de allí, tras brevísima permanencia, me pondré en Italia —esto será, según cálculo, para comienzos de julio— y de Italia (dos meses de estadía) en París, donde permaneceré cuatro meses; y a Londres donde quedaré un mes, hasta marzo de 1906, en que regresaré a mi país para ver cómo están las cosas. Luego, según todas las probabilidades, regresaré a Europa para radicarme definitivamente: desde fines de 1906». El calendario, la geografía y la apuesta final no se habrían de llevar a cabo.

Motivos de Proteo (1909), esa autobiografía espiritual larga y morosamente elaborada desde 1904, informa, en su multiplicidad ensayística que tanto la acerca a la intimidad de los *Essais* de Montaigne («inventor de la intimidad», Borges, *dixit*, en el epílogo de *Historia de la noche*), de los hondos motivos que aconsejaron a Rodó a viajar, tras los sucesivos aplazamientos, como prólogo de la conquista de uno mismo, temática axial de *Motivos de Proteo*, donde leemos: «La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse». Dilatadamente proyectado (en su pragmática y en su metafísica) el viaje de Rodó a Europa tenía la finalidad que él mismo le había confesado a Unamuno en carta del 20 de marzo de 1904: «No pasará un año antes de que me vaya a oxigenar el alma con una larga estadía en esa Europa».

Todas las insinuaciones y proyectos del viaje europeo sitúan unos días del viajero en Barcelona. Del mismo modo un repaso del epistolario del gran escritor uruguayo ofrece un cúmulo de referencias sobre Cataluña y Barcelona que muestran su admiración preocupada por la ciudad que habría de conocer en 1916. En carta a Antonio Rubió y Lluch (23-II 1902) habla de «esa laboriosa y culta Barcelona». Una misiva a Piquet, viajero por España en el invierno de 1904 le dice: «Acabo de recibir su segunda carta, fechada en Madrid y en vísperas de salir usted para Barcelona. Va usted en su viaje siguiendo una escala ascendente, de la luz a la sombra, de la barbarie a la civilización». Dado que Piquet hace de Barcelona su residencia, en abril de 1904 Rodó le expresa su satisfacción por lo bien adaptado que le nota en la «semifrancesa Barcelona, atalaya de España».